

Claudia Solans

La visitante



Adriana Hidalgo editora

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe
Producción: Mariana Lerner

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2018
www.adrianahidalgo.es

ISBN Argentina: 978-987-4159-08-3
ISBN España: 978-84-16287-03-1

Impreso en España
Depósito Legal: M-24060-2017

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en Artes Gráficas Cofás,
en el mes de marzo de 2018.

LA VISITANTE

A Carlos, Agustín y Rosario
A mis hermanos
A Paola Kaufmann (*in memoriam*)

Todos somos un poco huéspedes de la vida.
Vivir es sólo una costumbre.
Anna Ajmátova

... tierras vacas y despobladas, que se llaman
y han por nombre el Valle de Tafingasta...
Junta de Temporalidades, Merced de tierras, 17 de julio de 1617.

PRIMERA PARTE

UNO

Anoche no dormí a causa del temporal y seguramente también por la falta de costumbre a las camas de hotel. Ahora, ya de mañana, las plataformas de la terminal están llenas de barro y de gente lenta y desdibujada. Los pies mojados me hacen sentir urgencia por volverme a casa y olvidarlo todo. ¿Qué estoy haciendo en Tucumán, esta ciudad antigua y sin color? El bolso me pesa en el hombro tanto como las palabras de Pereda: “Son nada más que seis meses. En el valle necesitan gente y es tu oportunidad de terminar la tesis, Fátima, ahí están trabajando bien sobre clonación. En Mar del Plata y en Balcarce, lo que sobran son agrónomos; allá hay un solo ingeniero a cargo del proyecto, vos serías de mucha ayuda. Pensalo”.

El ómnibus para el valle sale media hora tarde y casi vacío. Agradezco que nadie se siente al lado. Me han dicho que es un viaje de tres horas. Reclino el asiento y estiro las piernas, sin dejar de sentir esa urgencia por bajarme y tomar el primer avión de vuelta a Buenos Aires. Pero sé que mi tutor tiene razón; en este tiempo voy a poder terminar la tesis. “Gente de allá va a estar esperándote”, me dijo. Por fin, me quedo dormida, un sueño gris, sin imágenes, sin sonidos.

Me despierto sin sobresalto, quizás por un cambio de marcha, un pozo en la ruta. Noto que mientras dormía, algo se ha modificado en la atmósfera, en la tonalidad de la luz. No logro saber por dónde vamos. Paso la mano por el vidrio opaco, pero no está empañado; una muralla de niebla se interpone entre los ojos y lo que sea que haya del otro lado. El micro parece flotar dentro de una burbuja. Todo se ve diferente, se oye diferente, como si en algún punto del trayecto hubiéramos cruzado hacia otra dimensión. ¿Un anticipo, acaso, de lo que será mi vida en adelante? Aquí dentro, sin embargo, nadie parece notar el cambio. El hombre sentado en la hilera de la izquierda duerme con la cabeza apoyada contra el vidrio y la cara cubierta por un sombrero de fieltro, más adelante las páginas de un diario asoman por encima de un respaldo y voces aletargadas llegan desde el fondo.

Como en un túnel, empiezan a quedar atrás la terminal de andenes embarrados, el aeropuerto, mi esterilizado departamento de mujer sola. Y me dejo adormecer por el zumbido del motor, resignada a esta travesía sin paisaje y sin tiempo.

Casi imperceptiblemente las voces van perdiendo su blandura, el aire, la humedad; de la niebla comienzan a emerger las formas desmelenadas de una selva de mirtáceas, cebiles, lapachos, además de innumerables plantas de formas y tamaños que veo por primera vez. Desde el fondo del desfiladero que parte en dos al cerro, llega el estruendo de un río temperamental. El

precipicio se va haciendo menos abrupto, la vegetación se domestica; el río, más calmo, deja ver las piedras bajo la correntada. Unos carteles de tránsito, dos hombres que trabajan con una pala mecánica y unas ovejas que pastan en la pendiente, en un ángulo inverosímil, terminan de devolverme a la realidad. Enseguida, tras una curva que parece no acabar nunca, el cerro se abre de golpe, el cielo se vuelve decididamente azul, y una pradera ondulada y luminosa reemplaza la vegetación exuberante del camino. Al llegar al pueblo, el micro se detiene para que sólo yo baje.

Desde el borde de una calle lateral, con la única compañía de un perro que hurga bajo un tablón sostenido por caballetes, veo el ómnibus que se aleja con neumática parsimonia por el camino que me trajo, como si no existiese otro destino. Dónde están todos, me pregunto.

–Ingeniera.

El dejo interrogativo del tono provinciano delata al chico que hace poco dejó de ser. Rosario, se llama y tiene la piel oscura y los ojos como cuchilladas bajo las cejas.

–Juan Rosario –aclara, mientras abre la puerta de la camioneta, una vieja Ford desvencijada y cubierta por una costra de tierra que hace pensar en un perro cansado por la edad.

–Fátima –digo, proponiéndole una cercanía que sé que no va a aceptar. Cuando tiende la mano abierta, comprendo que no es un saludo. Me pide el pequeño

bolso –absurdamente pequeño para los seis meses que tengo por delante– que todavía llevo colgado al hombro.

En el trayecto apenas responde a mis preguntas. Sí, él es de la zona; Muñoz, es el nombre del cerro que nos ha acompañado gran parte del camino; toda aquella cuadrícula es papa semilla, en la finca trabaja, con Serafín.

–Quién es.

Serafín Borquez me extiende la mano, después de la presentación de Rosario. Tiene los ojos como charcos de barro, inquietos tras los cristales. ¿Qué es lo que ha dicho? “Qué parece”, acaba de decirme pero yo no puedo sacar la mirada del mechón de pelo negro, rígido, que le cae sobre la frente. Me repito mentalmente sus palabras, pero busco otras para responder a ese formulismo que no me pertenece, como si en algún lugar de esa tez oscura y lustrosa, de esos pómulos altos, de sus ojos marrones, pudiera encontrarlas. Siento la presión de su mano fresca como un hueco en la tierra.

–Hola –digo por fin.

Transito la mañana conociendo el lugar que a partir de ahora va a convertirse en mi universo. Laboratorio, Jordán –el asistente–, mucho gusto; galpón, las maquinarias, Dalmiro –el tractorista–, cómo le va; el invernáculo, Rosario Nieva, ya lo conociste. Serafín, además de ser el ingeniero a cargo, nació aquí y conoce el lugar desde hace treinta y tantos años, que son los que seguramente tiene. Me explica la rutina de la finca

y el laboratorio mientras caminamos. Anticipando alguna desconsideración del terreno, pronuncia a media voz un “por aquí” o “cuidado” y apoya levemente los dedos en mi brazo. Damos una vuelta en camioneta por los lotes cercanos. Cuando Serafín me ha mostrado lo más importante, volvemos al punto de partida. Me comenta que él vive en la casa adyacente al laboratorio, montado en lo que era el garaje, y comparten la cocina. Termina la explicación y baja la cabeza, se observa la punta de las botas.

–Has de estar cansada y querrás instalarte –dice y no me mira–. ¿Ya conociste tu casa?

El aire huele a tierra y a piedras y a pasto seco y a viento.

–Todavía no –improviso–. Acabo de enterarme de que voy a tener una casa.

Se trata de una pequeña construcción a trescientos metros del laboratorio. Es una casa rencorosa; lo sé ni bien cruzo el umbral. Hay olor a humedad, a encierro y ausencia. Hay cierto resentimiento en las cosas: en las paredes sin cuadros, las juntas enmohecidas del techo, la chimenea sin fuego. Siento el reproche de las cuatro sillas en perfecta cruz a los lados de la mesa, del candelabro sin velas. Las baldosas están opacas a fuerza de estropajo y desde la cocina se oye el golpeteo de una gota contra el fondo de la pileta. En el cuarto, las camas parecen esperar por el reposo de alguien que no ha llegado nunca.